

---

# La transmisión de la fe en tiempos de crisis

---

Julio Lois

«**L**a transmisión de la fe ocupa el primer plano de las preocupaciones de la Iglesia y de las comunidades cristianas. La razón de esta preocupación está en la grave crisis por la que atraviesa esa transmisión, crisis que se inscribe en la crisis de fe que padecen la mayor parte de los países occidentales de tradición cristiana; que parece poner en cuestión el futuro mismo del cristianismo en ellos y que constituye una de las causas más importantes del malestar religioso que caracteriza a los sujetos y a las comunidades cristianas de estos países».

Con estas palabras comienza J. Martín Velasco su lúcido y reciente ensayo sobre la transmisión de la fe en el momento presente<sup>1</sup>. La preocupación y el malestar que generan esa crisis la solemos expresar en nuestras parroquias y comunidades cristianas cuando lamentamos, por ejemplo, la escasa presencia en ellas de personas jóvenes y verificamos que la ausencia es debida, en no pocos casos, a que la "cuestión" de

---

**Julio Lois** (Madrid), es profesor de Teología y miembro del Consejo de Redacción de FRONTERA.

<sup>1</sup> Cf. *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Ed. Sal Terrae, Santander, 2002. La obra está llena de ricas sugerencias que pueden ayudar a situarse ante la seriedad de la crisis y ofrece además pistas para intentar superarla. A ella haremos referencia frecuente en este artículo

la fe no aparece siquiera en su horizonte de preocupación, ya sea porque su transmisión se realizó de forma deficiente o inadecuada para ellos, o porque, sencillamente, no se realizó en forma alguna.

Conviene clarificar en primer término qué entendemos aquí por transmisión de la fe y justificar su posibilidad. Pasaremos seguidamente a ahondar en la seriedad de la crisis y a señalar algunos de sus aspectos más decisivos. Finalmente, y dado que la intensidad de la crisis que padecemos obliga a repensar en su totalidad nuestros procesos de transmisión, intentaremos ofrecer algunas reflexiones que puedan orientar ese necesario "repensar", con la finalidad de lograr su superación.

#### **D) ¿Qué entendemos por transmisión de la fe? Hacia una justificación de su posibilidad.**

Hoy, afortunadamente, somos muy sensibles a la consideración de la fe como adhesión responsable y estrictamente personal, insustituible, que sólo puede brotar, en última instancia, de la libertad de la persona que cree. Si la transmisión de la fe se entendiese como un proceso mecánico de comunicación de verdades, costumbres y prácticas recibidas de nuestros mayores, vinculado a cualquier forma de imposición o ajeno a la decisión libre del sujeto creyente, sería entonces necesario negar su legitimidad y hasta su misma posibilidad. Parece obvio que nadie puede transmitir la fe de esa manera, ya que ésta sólo puede ser fruto de una decisión libre y estrictamente personal.

Y al decir nadie incluimos al mismo Dios que bien sabemos se detiene ante la libertad del ser humano y jamás le sustituye. La fe es ciertamente un don gratuito de Dios. Sin él no hay posibilidad alguna de creer. Pero es un don, que como todo don concedido por Dios, demanda, para que pueda hacerse verdad en el ser humano, su apropiación personal mediante su adhesión libre.

Descartada de forma rotunda la legítima posibilidad de una transmisión de la fe que no respete la libre y personal adhesión del sujeto llamado a creer, cabe, no obstante, seguir hablando de otras formas de transmisión. Es más, parece indispensable hacerlo, si tenemos en cuenta que la adhesión creyente tiene como referente necesario una tradición con unos contenidos que son ofertados y entregados en cada momento histórico ("id quod traditur") a través de un proceso de comunicación que es previo a dicha adhesión ("fides ex auditu"). Nos referimos a unos contenidos vinculados a los acontecimientos y experiencias fundantes de la fe cristiana, conservados y reinterpretados en la tradición viva generada por las sucesivas generaciones de creyentes.

Teniendo en cuenta lo indicado "no sólo puede hablarse de una transmisión de la fe, sino que debe añadirse que la transmisión, como elemento integrante de la tradición, forma parte del complejo hecho que llamamos creer"<sup>2</sup>. Otra cosa es precisar la naturaleza de la misma, cosa que intentaremos hacer más adelante.

Podríamos decir que somos creyentes:

— Porque Dios nos ha donado la fe. Nos sorprendemos siendo creyentes, sin mérito previo alguno por nuestra parte, al sabernos y sentirnos agraciados por Dios. Es de Él de quien recibimos la posibilidad misma de creer, experiencia gozosa y plenificante que debe conducirnos a la acción de gracias.

— Porque la Buena Noticia de salvación nos ha sido anunciada y ofertada a través de determinados procesos de

---

2. Cf. J. Martín Velasco, *La transmisión de la fe...* op. cit., p. 30. Concretando más, añade: "La tradición...comporta tres elementos fundamentales: el contenido transmitido, lo *traditum*, es decir, el conjunto de creencias, usos, costumbres, símbolos...que una generación entrega a la siguiente; el acto mismo de transmitir, *traditio* como acto de *tradere*, el hecho de donar o entregar; y la recepción que le corresponde. En este acto complejo intervienen unos agentes autorizados: familia, maestros y, en definitiva, una institución religiosa que pone en juego todas las estructuras, medios y recursos de que dispone" (*Ibid.*, p. 31).

transmisión en los que intervienen concretas mediaciones humanas, es decir, agentes diversos —familia, escuela, comunidad cristiana, testigos cualificados...— cuya participación lógicamente puede variar en la medida que varíen los contextos históricos en que tales procesos se realicen. De la tradición que la Iglesia nos entrega en forma de invitación —mediando así para nosotros la "presión" permanente y amorosa de Dios en la historia— recibimos las referencias indispensables que hacen posible la vivencia y expresión de la fe.

— Porque el sujeto que recibe la transmisión responde con su adhesión libre y personal de fe, realizando esa "apuesta" existencial (Pascal, Blondel...) que le permite vivir informado por la luz y vida recibidas. La fe incluye la decisión libre, razonable y, al mismo tiempo, audaz y "arriesgada" (Rahner, Gómez Caffarena...) del ser humano<sup>3</sup>.

Si en el acto de fe convergen con la donación gratuita de Dios la mediación de los agentes transmisores y la apropiación personal y libre del sujeto creyente, estamos no sólo autorizados sino además urgidos a revisar el valor o la significación de nuestros procesos actuales de transmisión de la fe, al constatar la situación de crisis en que se encuentra dicha fe. Será preciso preguntarse qué modelos heredados de transmisión deben ser abandonados y qué otros pueden resurgir con capacidad de mostrar la verdad, bondad y belleza de la fe en la situación histórica presente. Es lo que vamos a intentar hacer con suma brevedad en este artículo. Pero antes detengámonos algo más en la consideración de la seriedad y naturaleza de la crisis de transmisión de la fe que padecemos.

---

<sup>3</sup> Cf., por ejemplo, M. Gelabert Ballester, *Fe*, en AA. VV., *10 palabras clave en Religión*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra) 1.992, pp. 225-251.

## **II) Crisis actual de la transmisión de la fe. Algunos de sus aspectos más decisivos.**

Partimos de una certeza suficientemente contrastada: nuestros procesos de transmisión de la fe están actualmente en crisis, como decíamos al comienzo de este artículo. Si a la constatación de tal certeza va unida la voluntad de superar la crisis, se impone tomar conciencia de su alcance y determinar cuáles parecen ser sus aspectos más característicos o decisivos<sup>4</sup>.

La toma de conciencia de la situación de crisis que padece actualmente la transmisión de la fe en las naciones occidentales de tradición cristiana —entre las cuales es necesario incluir sin duda a España— es creciente, lo cual, dada su hondura, no debería ya resultar extraño a nadie<sup>5</sup>.

Los Obispos franceses en su Carta Pastoral "Proponer la fe en la sociedad actual" de 1.997, dirigida a los católicos de su país, tras reconocer que estamos ante "una crisis de transmisión generalizada", llegan a afirmar que "de hecho, la comunicación de la fe se encuentra hoy en día comprometida o muy dificultada en amplios sectores de la sociedad francesa"<sup>6</sup>. W. Kasper extiende su percepción de la crisis, que él observa más de cerca en Alemania, a los restantes países, al considerar que estamos ante un problema de alcance mun-

---

4 Esto es lo que intenta precisamente -y a mi entender con sumo acierto- J. Martín Velasco en su obra ya citada (cf. pp. 37-80). Me limito a recoger de forma muy abreviadas algunas de sus consideraciones.

5 Por eso resultan muy inquietantes las posiciones de los que parecen negar la existencia de tal crisis y se atrincheran de forma incomprensible en posiciones triunfalistas. Naturalmente, quien parta de un análisis de la realidad que le conduzca a tales posiciones, no sentirá urgencia alguna de revisar y repensar nuestros procesos de transmisión de la fe y, a mi entender, se negará a sí mismo la posibilidad de realizar esa transmisión de forma significativa y creíble. Creo que esta ceguera para ver la seriedad y hondura de la crisis que padecemos, está en la raíz de la debilidad y hasta insignificancia de muchos proyectos pastorales referidos a la cuestión que nos ocupa. Y es que si no se diagnostica la enfermedad difícilmente se puede lograr su superación.

6 La Carta mencionada puede encontrarse en "Ecclesia", nº 2.835-2.836 ( 5 y 12 de abril de 1997) y el párrafo citado en su Primera Parte, III, 1. Vale la pena su lectura, especialmente por la lucidez y valentía del diagnóstico que ofrece.

dial. Pero interesa especialmente destacar que la seriedad de la crisis aparece con claridad en los estudios que los sociólogos de la religión han realizado en estos últimos años sobre la situación de la transmisión de la fe en España<sup>7</sup>. J. Elzo y J. González-Anleo interpretan los datos de su estudio sobre los jóvenes españoles hablando de "agotamiento de la socialización religiosa de los jóvenes", "pérdida de la transmisión religiosa entre las generaciones" o "de la gran falla que se ha producido en España en la transmisión religiosa".

Constatado el hecho de la crisis, con toda su seriedad y hondura, parece indispensable determinar sus aspectos más decisivos. Martín Velasco los resume en los siguientes:

### La pérdida de credibilidad de las instituciones dificulta la transmisión de fe

— "La quiebra de la transmisión religiosa tal como venía operándose en situaciones de predominio de lo religioso sobre lo social y cultural, cuando esa transmisión formaba parte de un proceso de socialización que incluía lo religioso como factor determinante de la realidad sociocultural en que se socializaba a los destinatarios de ese proceso".

— "La quiebra de la tradición como entrega de un depósito de ideas, valores y normas capaces de regular el presente y de orientar el futuro de las sociedades y las personas que lo recibían dispuestas a reproducirlo".

— "La pérdida de credibilidad de las instituciones —y en nuestro caso de la institución religiosa— como garantes autorizados de los contenidos transmitidos y de su carácter normativo sobre el presente y el futuro de los destinatarios de la transmisión<sup>8</sup>".

---

7 Cf., por ejemplo, AA. VV. *Jóvenes españoles '99*, Ed. SM, Madrid, 1.999.

8 Cf. *La transmisión de la fe...* op. cit., p. 66

La primera de las quiebras indicadas parece ser uno de los resultados derivados de ese complejo fenómeno que hemos convenido en llamar secularización, cuyo origen solemos vincular a la Modernidad ilustrada, pero que se ha seguido profundizando hasta el momento actual. Tal fenómeno ha conducido a la progresiva autonomía de los distintos campos del saber y actuar humanos y, por lo mismo, a que lo religioso ya no sea el factor determinante de la vida social y personal. Lo que interesa destacar en relación con la transmisión de la fe es que, en virtud de esa progresiva autonomía, el llamado proceso de socialización, por el que los jóvenes se incorporaban a la vida social y cultural, se efectúa ahora al margen o desconectado del factor religioso y, más en concreto, de las normativas de la Iglesia, que tan decisivo papel habían jugado en épocas anteriores.

La segunda de las quiebras —la llamada quiebra de la tradición— es otro de los resultados de la Modernidad, con su invitación a que nos atrevamos a pensar por cuenta propia, sometiendo a revisión crítica todo—lo que nos es transmitido por generaciones anteriores, pero que se ha profundizado con la exaltación de la subjetividad y autonomía de cada individuo, propia de la Posmodernidad. Lo que interesa destacar en relación con la transmisión de la fe es que, como indica Martín Velasco, el proceso de socialización religiosa, además de quedar disociado de la socialización sociocultural, como ya veíamos, ahora además "cambia de signo, al perder la tradición la autoridad incuestionable en que se basaba". Ya no es fácil para nadie en este campo, como en tantos otros, "vivir de rentas".

La pérdida de credibilidad de la institución eclesial, como garante autorizada de los contenidos a transmitir, es el tercero de los elementos que pueden considerarse decisivos al intentar precisar el alcance de la crisis que nos ocupa. Una pérdida notoria en nuestro país si se tiene en cuenta, por ejemplo, que el estudio al que antes nos referíamos sobre los

jóvenes españoles indica que tan sólo poco más del 3% de los mismos considera que reciben de la institución eclesial mensajes interesantes o significativos para su vida. Una pérdida de credibilidad que se extiende también a muchas de las personas y comunidades que actúan en la Iglesia como agentes transmisores de la fe. La falta de coherencia evangélica y la lejanía de la realidad son tal vez las causas que más decisivamente explican esa pérdida de credibilidad.

### **III) Pistas para repensar y modificar nuestros procesos de transmisión de la fe.**

De todo lo dicho hasta ahora parece desprenderse la necesidad de revisar a fondo nuestra forma de comprender y realizar la transmisión de la fe<sup>9</sup>. Teniendo en cuenta los aspectos decisivos señalados de la crisis parece que la revisión debe extenderse al menos a los objetivos y contenidos de la transmisión, a la necesaria cualificación de los agentes transmisores y a la forma misma de transmitir.

#### **III.1.- Hacia una reconsideración de los objetivos de la transmisión.**

Decíamos más arriba que, al haberse disociado el proceso de socialización socio-cultural del factor religioso en virtud de la secularización creciente, no es infrecuente encontrarnos hoy con personas, especialmente entre los jóvenes, para quienes el factor religioso apenas aparece en su horizonte de preocupación e interés. Por otra parte, decíamos también que las tradiciones heredadas han perdido la autoridad incuestio-

---

<sup>9</sup> No pensamos, como sí piensan algunos, que en la situación actual la transmisión de la fe cristiana se ha hecho prácticamente imposible y que, en consecuencia, el futuro del cristianismo está amenazado de muerte de forma irreversible. Pero tampoco estamos de acuerdo con los que creen que las quiebras producidas o las discontinuidades o rupturas surgidas en nuestra época con respecto a otras anteriores, pueden saldarse con simples operaciones superficiales de maquillaje. Por eso insistimos en la necesidad de una revisión a fondo que se extienda a la totalidad del proceso de transmisión de la fe.



nable de que gozaban en otras épocas y que hoy necesitan ser críticamente revisadas y personalmente apropiadas, lo cual parece demandar que sean capaces de conectar positivamente con la experiencia y, a partir de esa conexión, acreditar su significación positiva.

Parece entonces que los procesos de transmisión de la fe cristiana en el momento presente tendrían que proponerse como objetivo previo y fundamental ayudar a los posibles receptores a abrirse a la realización -o, en todo caso, a su profundización y desarrollo- de aquellas experiencias humanas fundamentales que permitan, por una parte, tomar conciencia de la dimensión religiosa de la existencia humana y, por otra, una apropiación personal -es decir, realizada en conexión con la propia experiencia y no derivada del mero respeto a la tradición heredada- de la verdad, bondad y belleza de la Buena Noticia que se quiere transmitir.

Martín Velasco expresa con hondura y claridad este objetivo previo y fundamental cuando afirma que "lo que llamamos 'transmisión de la fe' consiste...en ayudar al sujeto a prestar atención, a tomar conciencia y a consentir a una Presencia originante de Dios y de su gracia que hace de él un sujeto creado a imagen de Dios y dotado de una fuerza divina de atracción que le inscribe en el horizonte sobrenatural de la gracia. De ahí que todo proyecto de transmisión de la fe que quiera estar a la altura de lo que transmite...deba comenzar por una acción mistagógica, un proceso de iniciación que acompañe al sujeto, que le conduzca a ese descubrimiento expreso, a esa acogida personal, en que consiste la fe, del Misterio que lo habita, lo sostiene en el ser y lo atrae hacia sí"<sup>10</sup>.

La transmisión de la fe tendría, pues, que convertirse, en primer término, en una acción pedagógica ("mistagogía") capaz de ayudar a descubrir en el ser humano la presencia del Misterio de Dios, que lo habita y atrae, a partir de un ahondar

---

<sup>10</sup> Cf. *La transmisión de la fe...* op. cit., pp. 85-86.

y descifrar la significación de ciertas experiencias fundamentales que configuran el centro de la propia existencia.

Me estoy refiriendo a esas experiencias humanas fundamentales que configuran el "contexto experiencial" que permite captar la contradicción de todo ser humano consigo mismo, es decir, esa "radical desproporción interior" entre lo que de hecho somos y lo que nos sentimos impulsados a ser desde lo más hondo e irrenunciable de nosotros mismos. Una desproporción que nos sitúa en búsqueda humilde de plenitud nunca plenamente lograda, de liberación deseada y presentida

Son las experiencias  
fundamentales de la  
vida abren a la  
transcendencia que  
nos habita

como posible pero nunca del todo conseguida; en búsqueda, en suma, de eso que solemos llamar salvación. Son las experiencias que nos abren o incluso activamente nos refieren al misterio de la absoluta trascendencia, que nos habita y nos atrae, y a su posible manifestación reveladora.

¿Cuáles son esas experiencias fundamentales que es preciso facilitar o provocar, ahondar y descifrar para que consituyan así ese "contexto experiencial" capaz de abrirnos al Misterio de Dios? Son, nos dice el mismo Martín Velasco, experiencias que "se sitúan en el orden del conocimiento, del deseo, la admiración ante la belleza, el consentimiento a los valores, la lucha por la justicia, la relación interpersonal", aunque "en realidad abarcan la totalidad del ejercicio de la existencia"<sup>11</sup>.

No es posible presentar aquí, ni siquiera brevemente, una

---

<sup>11</sup> Cf. *La teología en la Universidad Católica. Historia, razones y función de una presencia necesaria*, Ed. Universidad Pontificia de Salamanca-Fundación Pablo VI, Madrid, 1.998, p. 20.

fenomenología del conocimiento o del deseo humanos, ni tampoco intentar descifrar la honda significación de la experiencia estética y ética, del encuentro interpersonal o de la lucha por la justicia informados por el amor<sup>12</sup>.

Me contento con subrayar estos puntos:

" La transmisión de la fe en el momento presente si quiere ser significativa debe reconsiderar sus objetivos. No se trata ya de intentar transmitir sin más una tradición heredada con el propósito de que sea aceptada en virtud de la autoridad que le otorgan los siglos de vigencia en ella acumulados, sino de ofertar una Buena Noticia de salvación que demanda una apropiación personal y que, en consecuencia, ha de conectarse con el "contexto experiencial" que permita tal apropiación. Como insiste E. Schillebeeckx, es preciso superar "la discrepancia fáctica entre la fe y el contexto experiencial humano". Esto no implica negar el valor de la tradición, sino tan sólo afirmar en el momento actual la necesidad constante de su reinterpretación y la insuficiencia de su "autoridad" para generar la convicción personal que implica la fe.

— El objetivo previo y fundamental de la transmisión de la fe parece ser hoy mostrar los caminos que puedan conducir al descubrimiento de la dimensión teológica del ser humano.

— Las llamadas "nuevas" teologías políticas y las teologías de la liberación se complacen en destacar la importancia que es preciso conceder a la experiencia de la lucha por la justicia informada por el amor para abrir al ser humano a la comprensión de la verdad, bondad y belleza de la Buena Nueva de salvación que nos ofrece la fe cristiana. Experimentar los desafíos que nos presenta la situación de injusticia —concretados especialmente en la existencia de desigualdades hirientes que generan empobrecimiento y exclusión de

---

<sup>12</sup> Tal presentación y desciframiento pueden encontrarse en J. Martín Velasco, *La transmisión de la fe...* op. cit., pp. 85-96 y 118-125 y *La teología en la Universidad...* pp. 22-28.

buena parte de los seres humanos— y responder a ellos mediante compromisos solidarios con la causa de las víctimas de esa injusticia, es algo fundamental para poder comprender la significación salvífica del Reino de Dios, centro del mensaje cristiano. Las vivencias que se derivan de esa solidaridad con las víctimas forman parte decisiva de ese "contexto experiencial humano" que se necesita para sentirse positivamente preocupado por la causa del Reino y, en consecuencia, para que pueda darse una verdadera apropiación personal de la fe. El no experimentar tales desafíos y el carecer de las vivencias que supone el compromiso indicado hace muy difícil, sino imposible, comprender el Evangelio de Jesús como verdadera y buena noticia de salvación. La transmisión de la fe, en consecuencia, debe asumir como objetivo preferente suscitar y ahondar esas experiencias que acompañan toda lucha por la justicia realizada desde la solidaridad real con los pobres y víctimas de la tierra.

### **III.2.- Hacia una reconsideración de los contenidos de la transmisión de la fe.**

Lo que pretendemos comunicar en la transmisión ("id quod traditur") es fundamentalmente el Evangelio de Dios, la Buena Noticia de salvación, que llama a una nueva forma de vivir, vinculada a la forma de vivir de Jesús, el Cristo, crucificado injustamente por el poder civil y religioso de su tiempo y resucitado de entre los muertos por la fuerza del amor del Padre Dios.

La transmisión de la fe es, por encima de todo, una invitación apremiante al discipulado o seguimiento de Jesús, es decir, a una forma de vivir caracterizada por su radical novedad. Esta nueva forma de vivir en que consiste el seguimiento está esencialmente vinculada a la vida prepascual de Jesús, concluida históricamente en la cruz, y a su resurrección y envío consiguiente del Espíritu.

El seguimiento de Jesús, al que somos llamados en el proceso de transmisión de la fe, tiene su componente nuclear y configurador en Jesús de Nazaret, es decir, en las actitudes que informaron su vida, concluida históricamente en la cruz. Tales actitudes -fidelidad inquebrantable a la voluntad del Padre Dios y disponibilidad incondicional al servicio de su Reino expresadas a través de su libertad (ante la Ley, el ritualismo cultural, el dinero, el éxito, el poder y los poderosos de su tiempo y cualquier otra atadura esclavizante) y su amor universal a los seres humanos, mediado por su solidaridad conflictiva con los más pobres y excluidos...- son las que deben ser suscitadas en nuestros procesos de transmisión de la fe.

Pero hablar de seguimiento supone igualmente hablar de docilidad al Espíritu enviado por el Resucitado, quien, habiendo ya en nuestros corazones (cf. Rom 5, 5), nos guía para que esas actitudes fundamentales, que informaron en su momento la vida de Jesús y ahora han de informar la nuestra, se encarnen de forma adecuada a través del discurrir histórico, adaptándose convenientemente a las nuevas situaciones y respondiendo a los nuevos desafíos que en su seno vayan surgiendo.

El seguimiento de Jesús -a donde debe conducir todo proceso de transmisión de la fe cristiana- supone esa doble fidelidad. Al Jesús prepascual, en primer término, incorporando sus actitudes fundamentales de vida. Sin esa primera fidelidad el seguimiento puede degenerar en pura arbitrariedad, incluso en proyección bastarda de la propia mediocridad. Pero se requiere igualmente una segunda fidelidad al Jesús resucitado, que sigue viviendo en nosotros a través de su Espíritu. La fidelidad al Espíritu del Jesús resucitado es la que nos otorga el poder y el querer responder a los nuevos desafíos que van surgiendo en las nuevas situaciones que configuran el ritmo de la historia. Sin esta segunda fidelidad el seguimiento puede también degenerar, esta vez en mimetismo servil anacrónico.

Con las últimas consideraciones intentamos corregir una comprensión de la transmisión de la fe, todavía muy presente en el imaginario colectivo de los creyentes. Según esa comprensión la transmisión consistiría en la comunicación de un depósito de verdades, usos y costumbres, recibido tal como

No hay que transmitir un 'depósito de fe' sino una forma de vida

fue formulado desde los orígenes, y entregado a lo largo de la historia con la finalidad de que sea pasivamente aceptado por los receptores.

Perseguimos una doble corrección. La primera consistiría en destacar, como dijimos, que el contenido fundamental de la transmisión no es propiamente un depósito inmutable de verdades, usos y costumbres, sino una vida, una nueva forma de vivir esencialmente vinculada a la trayectoria histórica de Jesús de Nazaret, concluida en la cruz, y al acontecimiento de su resurrección y el envío de su Espíritu<sup>13</sup>. La segunda corrección intenta subrayar que los receptores de la transmi-

13 "La tradición...dista mucho de ser simple repetición pasiva de un pasado idéntico a través de los tiempos. Lo *traditum*, lo transmitido en la tradición cristiana, es la persona de Cristo, siempre viviente, contemporánea de todos los tiempos, y que no se deja fijar inmóvil en ninguna de las figuras que de él han heredado y transmitido las generaciones de creyentes" (cf. J. Martín Velasco, *La transmisión de la fe...* op. cit., p. 72; en la p. 73 recoge esta afirmación de J. O'Leary en la misma dirección: "Fijar una tradición en una esencia invariable es el mejor modo de perderla. La identidad cristiana, como la de un individuo humano, está hecha para renacer, modificada pero reconocible, en medio de las situaciones y las relaciones diversas e imprevisibles en que está llamada a reconstruirse...La subsistencia vital de la tradición no es la permanencia estática de un *depositum fidei* a conservar fielmente a lo largo de los siglos. Es, más bien, la fuerza de una historia de posibilidades múltiples, de las que unas se agostan para hacer posible el surgimiento de otras. La verdad objetiva de la tradición sólo es señalada, y no es en modo alguno contenida, en las fórmulas, porque sólo permanece verdadera en cuanto pensamiento vivo").

sión no pueden ser sujetos meramente pasivos. Por el contrario, al ser la transmisión, como venimos diciendo, una llamada o invitación al seguimiento de Jesús, nada ajena a ellos puesto que demanda una conversión que implica enteramente su existencia, han de convertirse, guiados por el Espíritu, en sujetos activos de la misma, capaces de su apropiación personal<sup>14</sup>.

La apropiación personal que corresponde a tal implicación existencial parece exigir un discernimiento cuidadoso, personal y comunitario, que permita la "fidelidad a la tradición de los apóstoles", por una parte, y que incluya además la docilidad a las mociones del Espíritu para ser igualmente fiel a las nuevas demandas que brotan de las situaciones cambiantes. En el seno de ese discernimiento realizado en el seno de la Iglesia, es donde hay que situar las orientaciones del Magisterio, que han de tener la finalidad de contribuir precisamente a que se logre mantener esa doble fidelidad.

Entendiendo, pues, la transmisión de la fe como una oferta o invitación de vida radicalmente nueva, esencialmente vinculada, como hemos repetido, a la vida muerte y resurrección de Jesús, ¿qué contenidos fundamentales habría que asignar a dicha transmisión en el momento presente?

Subrayo lo de **fundamentales** con el deseo de dejar claro que la respuesta no va a descender a mayores concreciones.

---

14 "La tradición, que comporta ciertamente unos contenidos, consiste primariamente en el acto mismo de la transmisión de la adhesión en que consiste la fe, la cual supone escucha y apropiación personal de lo transmitido...Todos, como recordaba P. Ricoeur, nacemos con un bagaje a nuestras espaldas. Pero contra las concepciones fixistas, inmovilistas y objetivistas de la tradición, concebida como algo enteramente ajeno y externo a quien la recibe, hay que afirmar, a la vez, que ningún sujeto humano, en ningún aspecto de su vida, es la reproducción clónica de los que le han transmitido la vida, la cultura o la fe. El momento indispensable en toda tradición de la apropiación personal introduce, por una parte, la historicidad con toda la capacidad de cambio que conlleva, y, por otra, la iniciativa, la libertad y la razón del sujeto de la apropiación, que introducen en el proceso de la tradición una serie de 'rupturas instauradoras' como las que muestra, por ejemplo, la tradición cristiana. Hoy, escribe W. Kasper, se demanda y se requiere una apropiación crítica de la tradición. Hoy necesitamos una 'segunda ingenuidad' " (cf. J. Martín Velasco, *Ibid.*, pp. 71-72)..

Pretende sólo ofrecer un marco muy amplio en el que puedan situarse todas las concreciones que parezcan convenientes, teniendo en cuenta la variedad de contextos en los que la transmisión vaya a realizarse.

La transmisión de la fe es una oferta de una nueva forma de vivir vinculada a:

— La memoria de la vida entera de Jesús que concluyó históricamente en la muerte de cruz.

— La memoria del acontecimiento de la resurrección del Crucificado, quien mediante el envío de su Espíritu, sigue vivo entre nosotros, haciendo que esa oferta de vida nueva - de "vida eterna"- sea ya desde ahora una posibilidad real para quienes la acojan.

El proceso de transmisión de la fe debe ser fiel a la memoria del Crucificado, dejando siempre muy claro que la cruz fue el resultado de su forma de pensar y de vivir, de todo lo que dijo e hizo. Ha de suscitar, con el relato y el anuncio, el recuerdo de la vida y la muerte de Jesús —"recordar", es decir, hacer pasar hoy por el corazón una y otra vez lo entonces sucedido— y llamar al seguimiento o a hacer propias las actitudes fundamentales que informaron aquella vida. Todo el proceso de transmisión apunta entonces hacia el seguimiento.

Todas las actitudes fundamentales que informaron la vida de Jesús han de ser recordadas al transmitir la fe. Han quedado ya enunciadas más arriba y no es posible ahora volver a ellas y menos desarrollarlas. Las Cristologías actuales le conceden especial atención.

Quisiera tan sólo subrayar que la fidelidad a la memoria del Crucificado implica necesariamente la necesidad de hacer memoria de todos los crucificados, humillados y excluidos de la historia. La transmisión de la fe cristiana tiene que situar entonces a sus receptores ante las grandes asignaturas pendientes de la historia que aparecen inexorablemente cuando la realidad se contempla a través de la luz



que sobre ella arroja la vida y la muerte de Jesús. Me refiero especialmente a las que convergen en demandar que todos los seres humanos —incluidos especialmente los crucificados de hoy y los humillados y vencidos de ayer— lleguen a ser sujetos y salvos. Pocas dudas razonables podemos albergar de que Jesús se solidarizó de una manera clara, con su mensaje y la totalidad de su vida, con los empobrecidos y excluidos de su tiempo y de que tal solidaridad fue una de las causas que explican su crucifixión.

La transmisión de la fe así entendida, al activar el recuerdo del Crucificado y con él el de todas las víctimas de la injusticia a

La transmisión de la fe  
en el Crucificado nos  
sitúa ante todas las vícti-  
mas de hoy en el mundo

través de la historia, nos sitúa muy especialmente ante las que hoy siguen siendo víctimas. Por eso puede y debe ejercer una función crítica en nuestras sociedades actuales, en las que la lógica política, informada por el poder de los más fuertes o de los vencedores, se hace, en gran medida rehén de la lógica de la economía y del desarrollo incontrolado de la ciencia y de la técnica. Frente a la incapacidad que esa lógica imperante parece tener para experimentar la injusticia del sistema o para hacerse cargo de la parcela de lo real constituida por los débiles y los excluidos, la transmisión de la fe cristiana, fiel a la memoria de un inconformista crucificado, puede actualizar y hacer visible a los que se adhieren al mensaje transmitido, esa vertiente oscura e inquietante de la realidad social que tantos intereses pretenden ocultar. Puede y debe conectar con el dolor y el fracaso de las víctimas, así como con sus justas aspiraciones pendientes de rea-

lización. Y puede igualmente cuestionar críticamente de forma radical el triunfalismo y bienestar de los más fuertes con todas sus justificaciones ideológicas carentes de verdadera universalidad.

Puesto que la perpetuación de la injusticia está vinculada esencialmente a la "cultura del olvido" que ignora o invisibiliza a las víctimas, declarándolas inexistentes, una transmisión de la fe, vinculada a la memoria del Crucificado, puede, con toda su carga crítica y liberadora, contribuir a impedir que se repita en la historia su sufrimiento injusto. Este contenido de la transmisión de la fe me parece especialmente significativo en el momento presente y por eso he querido destacarlo.

Pero dado que el Crucificado ha resucitado de entre los muertos, la fidelidad a su memoria no termina en la cruz, ya que se extiende a su resurrección. De esta forma el proceso de transmisión de la fe tiene como contenido también fundamental recordar o hacer pasar por el corazón de sus receptores el acontecimiento de la resurrección, procurando que aquél encuentro con el Resucitado que experimentaron y testificaron los primeros testigos sea también experimentado por los que hoy son también invitados a encontrarse con Él.

La fidelidad a la memoria de la resurrección debe conducir en el proceso de transmisión de la fe a que la oferta de vida nueva, vinculada esencialmente a la vida histórica de Jesús concluida en la muerte, se vincule también a la presencia de Jesús que sigue vivo en nosotros por medio de su Espíritu que habita o ha sido ya derramado en nuestros corazones.

De esta manera, la memoria del Crucificado, que se convierte, como vimos, en invitación a un seguimiento de Jesús realizado desde la solidaridad con los crucificados y víctimas de la historia, al ser vinculada a la memoria del Resucitado, hará posible que ese mismo seguimiento sea vivido con la iluminación que proyecta sobre él la luz de la resurrección.

Puesto que el Resucitado es el Crucificado y la resurrección aunque supera la cruz no la anula, la memoria de la resurrección sigue remitiendo a los creyentes a la historia y a vivir en ella el mismo seguimiento de Jesús con la solidaridad con las víctimas que sin duda implica. Pero, al mismo tiempo, la fidelidad a esa memoria informa la vivencia de esa solidaridad con la libertad y el gozo que brota del encuentro con el Resucitado y la sitúa además en un horizonte indeducible de esperanza.

El encuentro con el Resucitado es fuente de libertad que triunfa sobre el egocentrismo. Como dice hermosamente J. Sobrino "la libertad refleja el 'triumfo' del Resucitado no porque nos aleje de nuestra realidad material, sino porque nos introduce en la realidad histórica para amar sin que nada de esa realidad sea obstáculo para ello...Dicho en lenguaje paradójico la libertad es atarse a la historia para salvarla, pero -siguiendo la metáfora- de tal manera que nada en la historia ate y esclavice para poder amar". Y añade: "La libertad que expresa el triunfo del Resucitado consiste en no estar atado a la historia en lo que ésta tiene de esclavizante (el miedo, la prudencia paralizante); consiste en la máxima libertad del amor para servir, sin que nada ponga límites ni sea obstáculo a ese amor"<sup>15</sup>. Una libertad, en fin, que nos hace verdaderos.

También es fuente de gozo que triunfa sobre la tristeza. No es el gozo que se pretende conseguir evadiéndose de la dureza de la realidad, ni, en consecuencia, el que no resiste la confrontación con la vivencia del dolor o incluso del fracaso histórico. Es el gozo o alegría que se alcanza, conducidos por el Espíritu del Resucitado, en el seguimiento de Jesús vivido como experiencia profunda de verdad, bondad y belleza, que permite y aún reclama la celebración y la acción de gracias, más allá de toda contingencia adversa.

---

<sup>15</sup> Cf. *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, Ed. Trotta, Madrid, 1.999, pp. 119. 120.

El encuentro con el Resucitado es además, y sobre todo, fuente de esperanza. Como bien se sabe, la resurrección de Jesús de entre los muertos genera a nivel de la humanidad, el mundo creado y la historia una tensión de esperanza escatológica universal, cuya meta final es la resurrección de los muertos y la recreación consumativa de todas las cosas, recapituladas en Cristo, bajo la soberanía absoluta de Dios (cf., por ejemplo, 1 Cor 15, 12-14; Rom 8, 18-23; Col 1, 15-20; Ef 1, 10. 20-23). En la resurrección desaparecen la amenaza radical de la nada con rostro de muerte, el círculo infernal del tiempo cerrado sobre sí mismo o la espantosa posibilidad de una historia vana y sin sentido en la que los verdugos pudiesen disponer de la última palabra. Con ella, la totalidad de lo real queda definitivamente orientada hacia una meta final de plenitud y realización definitivas. En La resurrección, dice J.

Moltmann, la esperanza cristiana ve "anunciado el futuro de la justicia y la destrucción de las fuerzas del mal, el futuro de la vida y la des-

trucción de la muerte, el futuro de la libertad y la destrucción de la opresión, el futuro del verdadero ser humano y la destrucción de lo inhumano"<sup>16</sup>.

Esta dimensión de futuro de la esperanza que genera el encuentro con el Resucitado tiene que ser dialécticamente combinada con su dimensión de presente. En efecto, al confesar la resurrección de Jesús se está confesando su presencia

La fe en la resurrección  
sitúa al creyente en la  
esperanza y le impulsa  
a la praxis liberadora

---

<sup>16</sup> Cf. *Esperanza y planificación del futuro*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1.971, p. 443.

vivificante de resucitado en el hoy de nuestra historia y ésta se convierte así en el escenario en donde puede ya alumbrar la vida nueva que no tiene fin. Tiene razón Moltmann cuando insiste en que la resurrección de Jesús "funda la historia" y en que la esperanza cristiana no es simple espera pasiva sino exigencia activa de transformación social. "La revolución social contra la injusticia es el reverso inmanente de la esperanza que brota de la resurrección", llega a decir el teólogo alemán.

La fe en la resurrección sitúa así a los creyentes en un horizonte insospechado e indeducible de esperanza y genera en ellos la exigencia de una praxis de transformación social, informada por la solidaridad con las víctimas, hecha de resistencia práctica y de "reconfiguración creadora", proyectando todo lo existente a esa plenitud final de "un cielo nuevo y una tierra nueva..., en donde se enjugará toda lágrima de los ojos de los hombres y no habrá ya muerte, ni habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el viejo mundo ha pasado" (Ap 21, 1.4).

Recapitulemos en síntesis apretada, para concluir este apartado, los que consideramos contenidos fundamentales o especialmente significativos de la transmisión de la fe en el momento presente:

— La memoria fiel del Crucificado, que incluye el recuerdo de su vida entera y que se convierte en invitación a una nueva forma de vivir concretada en seguimiento de Jesús, muy especialmente informado por la solidaridad con todos los crucificados.

— La memoria fiel del Resucitado que otorga a ese seguimiento la libertad que triunfa sobre el egocentrismo, el gozo y alegría que triunfa sobre la tristeza y un horizonte indeducible e insospechado de esperanza que, por una parte, quiebra la amenaza radical de la nada con rostro de muerte, el círculo infernal del tiempo cerrado sobre sí mismo o la espantosa posibilidad de una historia vana y sin sentido en la que los verdugos pudiesen disponer de la última palabra, y, por otra, fundamenta y motiva de forma muy honda la reali-

zación en la historia de ese seguimiento y lo proyecta hacia un término final de plenitud y realización definitivas.

### **III.3.- Algunas de las condiciones que han de darse en el agente transmisor de la fe para que su transmisión pueda resultar creíble y significativa**

Puesto que es una oferta o invitación radicalmente implicativa, al poner en juego la totalidad de la existencia, la transmisión debe brotar de una experiencia gozosa y liberadora de la fe que se quiere transmitir, ha de estar vigorosamente enraizada en ella: "Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos acerca de la palabra de la vida...os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros" (1 Jn 1.3).

Esa experiencia gozosa y liberadora de la fe, que permite percibir su carácter atrayente y hasta fascinante, su verdad y bondad, su belleza y fecundidad antropológica, al ser fuente de sentido y de esperanza, es tal vez la condición primera y más decisiva para que su transmisión pueda realizarse de forma creíble y significativa. Se transmite la fe tras "haber saboreado lo bueno que es el Señor" (cf. 1 Pe 2, 3) con el fin de que "sea completo el gozo" (cf. 1 Jn 1, 4) de quien se adhiera personalmente a la fe transmitida.

Es la experiencia en que se expresa la conversión al Dios que en Jesús de Nazaret, crucificado y resucitado, nos sale hoy al encuentro y nos sigue diciendo lo mismo que dijo a los primeros testigos, a saber, "este es mi Hijo, el amado, en quien he puesto mi favor. Escuchadlo" (cf. Mt 17, 5b), llamándonos así a su seguimiento. Podríamos entonces afirmar que la transmisión de la fe ha de realizarse desde la experiencia que otorga el seguimiento de Jesús, vivido hoy, por la fuerza de su Espíritu, en el seno de una comunidad creyente y ante una realidad concreta.

Sólo ofertan la fe con credibilidad los convertidos, es decir, aquellos a quienes Dios les ha salido al encuentro en Jesús, les ha llamado y han respondido con fidelidad gozosa. Sin la respuesta-conversión al Dios Padre-Madre que se nos ha revelado en Jesús, que se expresa en su seguimiento como fruto de la unción del Espíritu, no se da la experiencia fuente que hace posible la transmisión verdadera.

Pero esta conversión traducida en seguimiento está estrechamente vinculada a la conversión a la realidad en cuyo seno ha de darse la transmisión de la fe. Es tal la implicación recíproca entre ambas conversiones que bien puede decirse que la conversión a la realidad puede considerarse la cara inmanente de la conversión al Dios trascendente.

S lo ofertan fe con  
credibilidad los  
convertidos a Dios y a  
la realidad

Esta conversión a la realidad nos parece la condición segunda para que pueda darse esa credibilidad y significación que buscamos posea la transmisión de la fe.

No vamos aquí a justificar la relación esencial que se da entre conversión al Dios de Jesús y conversión a la realidad, ni tampoco a desarrollar con amplitud las implicaciones que lleva consigo esta última. Nos limitamos a decir que la conversión a la realidad a que aquí nos referimos implica presencia encarnada y comprometida en ella.

La presencia encarnada supone tomarse en serio la realidad, tal como está configurada en cada momento histórico, y sentirse concernido por todas las demandas o clamores que de esa realidad concreta brotan. La presencia comprometida

supone responder con fidelidad a esas demandas o clamores, contribuyendo a promover todos los procesos de cambio que sean necesarios para dar las respuestas adecuadas y conseguir, con especial atención a bajar de la cruz a los que son injustamente crucificados, que la dignidad de los seres humanos sea respetada y puedan así ser verdaderamente sujetos.

Pero la conversión al Dios de Jesús, que conduce a experimentar y contemplar con agradecimiento la verdad y bondad de la fe, junto con la conversión a la realidad, que conduce a esa presencia encarnada y comprometida a que nos hemos referido, configuran al testigo, son la fuente y expresión de su testimonio. Para la transmisión de la fe se necesitan testigos. Su testimonio es requisito fundamental para que la transmisión de la fe supere la crisis honda que hemos visto que hoy padece ente nosotros.

Pablo VI afirmaba ya en 1.975 que "el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio". Y añadía: "Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los pobres del mundo, en una palabra: de santidad"<sup>17</sup>.

Interesa, por último, recordar el carácter social del proceso de transmisión de la fe que nos remite a destacar la importancia de la comunidad cristiana en dicho proceso.

Uno de los problemas fundamentales para la transmisión de la fe, según X. Kauffman, radica en "encontrar hoy unas situaciones sociales suficientemente intensas y estables de

---

17 Cf. su Carta Encíclica *Evangelii nuntiandi*, nº 41. Una consideración teológica detallada y bien fundada del testimonio puede encontrarse en A.Fernández Segovia, *El testimonio cristiano en la evangelización. Delimitación teológico-pastoral del término y consecuencias prácticas de su utilización como forma de transmisión de la fe*, Tesina de Licenciatura en Teología Pastoral, presentada en el Instituto Superior de Pastoral de La universidad Pontificia de Salamanca, sede en Madrid, 2002.



las que puedan surgir relaciones personales capaces de favorecer la asimilación de los valores cristianos" . Tales situaciones son las que proporcionan precisamente las comunidades cristianas, ya que "su situación estructural en la intersección de la esfera privada y pública las convierte en el lugar social privilegiado, en medio por excelencia para la transmisión del cristianismo como forma de vida y sistema de valores a las generaciones futuras"<sup>18</sup> .

En efecto, las comunidades cristianas que son los espacios o los contextos vitales en los que los que los convertidos son acogidos para compartir como hermanos y hermanas la nueva forma de vivir que se les ha transmitido, son, por lo mismo y al mismo tiempo, el lugar en donde se fortalece y personaliza la fe y donde surgen, en consecuencia, los testigos capaces de seguirla transmitiendo. Como dice Martín Velasco "la comunidad es el lugar de la 'verificación' y la ratificación personal y social del cristianismo como nueva forma de vida"<sup>19</sup>.

Parece lógico concluir que dar cuerpo a esas comunidades cristianas en las que se sacramentaliza esa nueva forma de vivir es contribuir de forma decisiva a la superación de la crisis de transmisión de la fe en la que estamos envueltos.

#### **III.4.- Algunas características referidas a la forma concreta de realizar hoy la transmisión de la fe.**

Nos hemos referido ya a los objetivos y contenidos de la transmisión de la fe, así como a algunas de las condiciones que han de darse en el sujeto transmisor. Quisiera concluir con una breve referencia a la forma de realizar esa transmisión en el momento presente.

---

18 Citado por J. Martín Velasco en *La transmisión de la fe...* op. cit. pp. 56-57.

19 Cf. *Ibid.*, p. 101. Por eso se puede afirmar con rotundidad, añade citando a N. Mette, que "la transmisión de la fe es un proceso eminentemente social que no puede realizarse al margen de la comunidad".

Doy por supuesto que la forma más evangélicamente coherente de transmitir la fe es la que deriva de la transmisión que se realiza desde la opción decidida por los empobrecidos y excluidos de la tierra, por todas las víctimas. Desde tal opción, que debe informar la transmisión en todo contexto, se sigue a mi entender la necesidad de una transmisión de talante profético. Pero si el contexto en el que ha de realizarse la transmisión es el propio de las sociedades occidentales de tradición cristiana, plurales y laicas, hay que hablar además de una transmisión informada por el diálogo.

Transmisión irrenunciablemente profética, en primer lugar. Desde la opción por los pobres de la tierra, y confrontados con la configuración hirientemente injusta de nuestra realidad, la transmisión de la fe tiene que recuperar con fuerza aquella capacidad profética de arrancar y plantar, destruir y edificar. La transmisión de la fe será entonces cuestionante o no complaciente, como es exigencia de la sabiduría no convencional que tiene que transmitir. Sabrá, desde la memoria fiel a la vida y muerte de Jesús, denunciar y desmitificar los códigos dominantes de valor que marginan y hasta crucifican al débil y al justo. Y sabrá, al mismo tiempo, conectar, desde la fidelidad a la memoria de la resurrección y al horizonte de esperanza que de ella brota, con las "asignaturas pendientes" de realización en la historia, proyectando así la realidad de forma arriesgada y utópica hacia un futuro de realización plena.

Transmisión realizada en diálogo, en segundo lugar. Diálogo leal y honesto, crítico y humilde, como parecen demandar, y con razón, las sociedades laicas y plurales en las que esa transmisión ha de realizarse.

Diálogo leal y honesto, que supone tomar en serio la realidad con la que es preciso entrar en comunicación para ofertar el mensaje creyente e invitar a su adhesión. Diálogo, por ejemplo, con las corrientes de pensamiento y acción que han introducido en nuestro contexto ideológico-cultural la sospecha sobre la fe cristiana y su pretendida capacidad de fecun-

dar positivamente al ser humano y a la historia. Diálogo que supone tomar en serio el pluralismo existente, con su diversidad de culturas y, más concretamente, de religiones.

Diálogo al mismo tiempo crítico, sobre todo con este mundo calificado como moderno y desarrollado, en la medida en que su supuesto bienestar y progreso está en buena medida edificado sobre la ruina humana de mayorías empobrecidas y marginadas o excluidas. Diálogo crítico con los ídolos en cuyo nombre se generan y hasta justifican tantas desigualdades intolerables e injustas.

Diálogo siempre humilde, realizado, sí, desde nuestra propia identidad gozosamente asumida, pero renunciando, al mismo tiempo a todo falso dogmatismo y proselitismo, a la arrogancia confesional que engendra falsos complejos de superioridad, viviendo los procesos de búsqueda con todos los que buscan<sup>20</sup>, abiertos siempre al enriquecimiento que puedan ofrecernos aquellos mismos a quienes ofertamos nuestra vivencia e interpretación de la fe.

Así, en diálogo, la palabra transmitida quiere ser palabra "mayéutica", ya que pretende hacer emerger a través del proceso de transmisión de la fe lo mejor de nosotros mismos, lo que más profundamente somos, conectando con nuestras mejores y más decisivas experiencias, invitando siempre a la apropiación personal. Diálogo pedagógicamente paciente, que sabe adentrarse en los ritmos propios de todo proceso de transmisión y también respetarlos y dinamizarlos.

Hablamos, pues, de transmisión profética y dialógica. O tal vez, y dialectizando más: profética si dialógica y dialógi-

---

<sup>20</sup> El creyente se mueve entre la afirmación y la búsqueda o, si se quiere, entre la búsqueda y la afirmación. No se puede ni se debe romper la tensión entre esos dos polos, eliminando a uno de ellos. Como es posible llegar ya a la verdad o aproximarse a ella, además de buscar, afirmamos. Como no es posible "atrapar" y "agotar" la verdad, además de afirmar, buscamos. Como dice Martín Velasco, Dios "no se deja poseer por nadie, para que pueda ser siempre buscado por todos" (cf. *La transmisión de la fe...* op. cit., pp. 140-141).

ca si profética. Así se pone mejor de manifiesto que la transmisión hoy sólo será profética si se realiza en diálogo, ya que, en otro caso, más que de profecía convendrá hablar de diatriba que se limita a tranquilizar la conciencia de quien la hace o de discurso evanescente que sobrevuela lo real. Y se pone igualmente de manifiesto que sólo habrá diálogo honesto y leal si adquiere tonalidad profética, ya que, en otro caso, más que de diálogo habría que hablar de paráfrasis complaciente de lo dado. Conviene recordar que la deseada e imprescindible conexión con la experiencia no excluye la invitación a su revisión crítica.

En diálogo, la transmisión de la fe se convierte en lo que debe ser: oferta o invitación que el creyente, desde la experiencia de su fe vivida en comunidad, dirige con osadía evangélica a la libertad de quien quiera oírle. Oferta e invitación que para él representa un "plus" de iluminación, significación y esperanza. Por eso lo hace, confiando en que puede enriquecer y fortalecer las respuestas humanas tanteantes y contribuir a dirigir todo el inmenso esfuerzo de humanización y emancipación liberadoras ya realizado o en vías de realización hacia la plenitud indeducible e insospechada de las promesas de Dios<sup>21</sup>.

---

21 E Frente a un proselitismo de corto alcance que sitúa el testimonio creyente, como elemento fundamental de transmisión de la fe, orientado a conseguir el asentimiento del otro para así engrosar las propias filas, recuerda Martín Velasco que "la comprensión neotestamentaria de Dios como amor originario, la centralidad del amor en el testimonio del Padre por Jesús, la conexión estrecha de la caridad con la fe como dimensión constituyente de la actitud teologal, son otras tantas razones para desplazar lo esencial del testimonio cristiano hacia una forma de vida en la que se manifiesta el amor" (cf. *La transmisión de la fe...*op. cit., pp. 103-104).